

MARIUS SALA, IOANA VINTILA-RADULESCU, *Limbile lumii. Mică enciclopedie*. Bucarest, Editura științifică și enciclopedică, 1981; 374 págs.

Este libro, dirigido tanto a los especialistas como a un público amplio, emprende la difícil tarea de presentar, clara y sistemáticamente, una riquísima información de índole lingüística y enciclopédica sobre las lenguas habladas en el mundo. Su propósito es, por lo tanto, el de constituir un instrumento de trabajo de consulta rápida que proporcione datos acerca de la difusión y genealogía de los idiomas, su número de hablantes, sus características más importantes, su historia, sistema de escritura y, finalmente, su aportación al enriquecimiento de otros idiomas.

Además de llenar, indiscutiblemente, un vacío en la bibliografía sobre el tema al alcance del lector rumano, *Las lenguas del mundo* es una obra original por su concepción y organización —bajo la forma de un diccionario alfabético— también en el conjunto de los trabajos similares aparecidos en otros países, los cuales presentan las lenguas en base al criterio de su difusión geográfica (por continentes) o al de su parentesco (por familias de idiomas).

El trabajo se inicia con una *Introducción* en la cual los autores dan precisiones detalladas sobre la finalidad, metodología, estructura y características de la obra, así como sobre las principales fuentes consultadas.

El primer problema fundamental que planteó la realización del libro fue el de la selección de las lenguas que iban a formar las palabras-epígrafe. Este problema constituye una de las mayores dificultades del empeño, si se tiene en cuenta, por una parte, el elevadísimo número total de los idiomas —estimado por algunos especialistas hasta en 8 000— y, por la otra, la imposibilidad de precisar, en muchos casos, el estatuto de *lengua*, *dialecto* o *habla*, ya que la bibliografía cuenta con escasísimas informaciones, sobre todo en cuanto a idiomas de África, América, Australia y Oceanía, cuya estructura no es suficientemente conocida.

Los autores decidieron dar cabida principalmente sólo a los idiomas a que la mayoría de las fuentes consultadas reconoce

el estatuto de lengua, y proceder luego a una segunda selección, basada en el criterio del número de sus hablantes: toman en cuenta únicamente las lenguas habladas por lo menos por 1 000 personas. (Sin embargo, se incluyen, con justa razón, los idiomas que cuentan con menos de 1 000 hablantes, o incluso algunas lenguas desaparecidas hoy en día, pero que tienen o han tenido notable importancia lingüística y cultural).

De esta manera, la selección llevada a cabo cumple con el objetivo del libro —lo cual constituye, por lo demás, uno de sus mayores logros— de reflejar la diversidad de los idiomas hablados en el mundo, representando sin discriminación alguna todas las familias lingüísticas y todas las zonas geográficas; en otras palabras, no sólo las lenguas consideradas importantes, sino también aquéllas, numerosísimas, habladas en áreas limitadas.

El total de las lenguas y grupos de lenguas que encabezan los artículos del diccionario, de acuerdo con los principios expuestos, es de 2171. Cabe precisar, empero, que dentro de los artículos se comprenden, además, frecuentes indicaciones relativas a otros idiomas o grupos de idiomas que no forman encabezamientos; el nombre de éstos figura en uno de los *Índices* finales, donde se remite al número del artículo respectivo.

Otro acierto del libro reside en el intento de completar la imagen de las lenguas —que con sólo su presentación alfabética hubiera podido resultar fragmentaria— a través de la incorporación de unos datos dedicados a la clasificación genealógica de cada idioma o grupo, lo que proporciona una valiosa vista de conjunto.

Presentamos a continuación la estructura de los artículos. Por lo que concierne a la forma del encabezamiento, cuando se trata de varias denominaciones para una misma lengua o grupo, se elige la que aparece con más frecuencia en los estudios especializados. A la voz-epígrafe le siguen entre paréntesis, si se da el caso, sus variantes y sinónimos, en orden alfabético; después, reunidas en un primer párrafo, informaciones de índole general, relativas al carácter de la lengua o grupo de lenguas, al lugar que ocupa en la clasificación genealógica, a su difusión geográfica y a su número de hablantes. Para los grupos de idiomas, se detallan los idiomas abarcados.

Se añaden, además, en función de la importancia de las lenguas, consideradas en cuanto a número de hablantes y a su

papel de idioma oficial o no, otros párrafos con informaciones estrictamente lingüísticas, a saber: rasgos representativos de la estructura fonológica, gramatical y léxica en su fase contemporánea, muchas veces ejemplificados; y datos concernientes a las variedades geográficas (dialectos) y estilísticas de la lengua o grupo en cuestión y a su estatuto sociocultural. Muy sucintamente, se ofrecen para los idiomas de gran importancia elementos de su historia: sus relaciones con la eventual lengua de origen, la fecha de sus primeras documentaciones, las etapas principales de su evolución (se ponen de manifiesto las obras maestras de la literatura antigua), y las influencias ejercidas por parte de otros idiomas. También se incorporan precisiones acerca de su sistema de escritura y, finalmente, acerca de su influencia sobre otros idiomas.

La riqueza de las informaciones de este diccionario se basa en la consulta e interpretación de una nutrida serie de fuentes, en primer lugar obras de conjunto dedicadas a la totalidad de los idiomas del mundo; las fuentes fundamentales son las mismas para todos los continentes y familias de idiomas, lo que asegura el carácter unitario de la obra. (Las más importantes de ellas van presentadas en la *Introducción*).

Para una obra de esta índole, es imprescindible un aparato crítico adecuado, que facilite su consulta cómoda, lo que aspiran a ser— y lo logran con plenitud— los *Índices* finales, muy completos y variados. Concebidos como un complemento de las voces-epígrafe, abarcan las siguientes categorías de términos: a) variantes y sinónimos de los encabezamientos; b) idiomas (o grupos) a los cuales se remite en varios artículos, sin constituir encabezamientos; d) dialectos; e) términos con prefijo (que van, en el libro, en el lugar alfabético del segundo elemento y, en los índices, en el del prefijo); y f) algunos sistemas de escritura.

Finalmente, y de modo general, puede decirse que *Las lenguas del mundo* es una obra de gran interés y utilidad, que se destaca por el impresionante acopio de los datos y su excelente organización. Tanto por su rigor científico como por su eficacia informativa en un campo muy amplio y que plantea serias dificultades para su conocimiento y estudio, su consulta resulta de sumo provecho no sólo para los especialistas, para los cuales constituye un valioso instrumento de trabajo, sino también para todos los lectores que desean tener información exacta, clara y actual sobre las lenguas del mundo. Creemos, por todo ello, que

la traducción del libro a un idioma de gran circulación sería muy oportuna.

TUDORA ȘANDRU OLTEANU

Instituto de Lingüística,
Universidad de Bucarest.

VALENTÍN GARCÍA YEBRA, *Teoría y práctica de la traducción*. Madrid, Editorial Gredos, 1982; 2 vols., 874 pp. (*Biblioteca Románica Hispánica*, Manuales, 53).

"Aquello para cuya ejecución se necesita aprendizaje, lo aprendemos haciéndolo; así los constructores de casas se forman construyendo casas, y los citaristas, tocando la cítara". Y también: "Las mismas causas producen y destruyen toda excelencia, y de igual modo el arte; pues tocando la cítara se forman los buenos citaristas y también los malos, y de modo semejante los constructores de casa, y todos los demás". Así habla Aristóteles en la *Ética Nicomaquea*, que cita Valentín García Yebra en la Introducción de su libro *Teoría y práctica de la traducción*. Y dice García Yebra a continuación: "En «todos los demás» podemos incluir a los que aspiran a ejercer el arte de traducir: traduciendo bien llegarán a ser buenos traductores, y, traduciendo mal, resultarán malos. Pero ¿cómo se aprende a traducir bien? El modo más fácil y seguro es dejarse guiar por buenos maestros. Y un buen maestro se diferencia de un simple práctico en que no sólo *hace*, sino que *sabe el camino*, conoce el método, para *hacer bien* lo que hace. Este saber, este conocimiento del camino, de las normas que rigen el arte de traducir, es justamente la *theōria*, que es «visión» o «contemplación»" (pp. 16-17).

Podemos agradecer a Valentín García Yebra el que evite dos de los escollos más frecuentes en lo que a traducción se refiere. El primero es la estéril discusión sobre la naturaleza de la traducción: arte, o ciencia. Obviamente, y lo subrayan los ejemplos aristotélicos citados, para él, traducir es un *arte*. Pero es un arte que requiere de un aprendizaje en que el alumno debe obedecer reglas, normas, aquellas que el "buen maestro" ha elaborado con rigor científico.

El segundo es la definición de lo que es, o debería ser, una